

# “Hay que salir del modelo de premios y castigos”

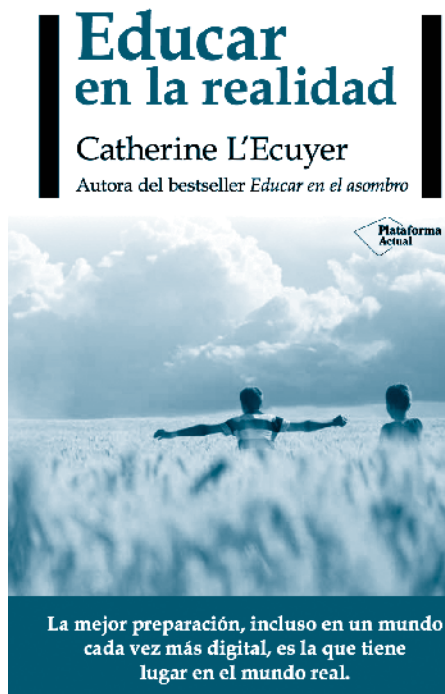
La experta canadiense radicada en Barcelona, Catherine L'Ecuyer, es especialista en primera infancia y aprendizajes y afirma en su último libro “Educar en la realidad”, que los sistemas educativos no inculcan en el niño la capacidad de asombro y que no trabajan debidamente la motivación.

L'Ecuyer indica que el asombro puede definirse como el deseo por conocer, admitiendo que es una definición de Santo Tomás de Aquino. “El deseo de conocer es algo muy relevante porque tiene que ver con dos temas que nos preocupan mucho en el momento educativo actual. Primero, la motivación: los alumnos están desmotivados. Y segundo, los problemas de aprendizaje. El asombro no es algo que se inculca. El asombro es el deseo de conocer desde dentro hacia fuera porque lo que asombra es la realidad. Si no hay realidad, no hay asombro. Es lo que está alrededor del niño. El desafío hoy es el entorno en que se encuentran, lo que les exigimos, la sobre estimulación. Los niños necesitan pocas cosas. Pensamos que hay que poner un DVD para que aprendan idiomas porque si no, no serán competitivos y no van a tener éxi-

to profesional pero no es así. Hay que recuperar la austeridad. Tenemos que podar nuestra vida de todas las cosas que hemos puesto pensando que eran necesarias”. “El modelo de la educación en el asombro respeta al pequeño emprendedor que hay en cada niño, por eso, esos alumnos cuando lleguen al mundo laboral empezarán ellos un negocio y una empresa con un paradigma distinto”.

La experta entiende que “inculcar” es un término negativo, porque implica “meter adentro por la fuerza”. Afirma que en el sistema educativo, “eso es el enfoque mecanicista que trata al niño como un recipiente vacío que no tiene interés natural por aprender y al que le echamos conocimientos, que espera pasivamente.

Pero la naturaleza del niño no es ésa: el deseo de conocer es algo que nace desde adentro y a partir





de esta concepción, se genera un planteamiento muy distinto. No quiere decir que no se requiera la intervención del maestro pero su función es otra: actúa como un facilitador, como un intermediario entre el niño y la realidad. En la etapa infantil, esa intervención es más bien discreta porque lo más importante es el juego”.

L’ Ecuyer se apoya en la teoría del apego al agregar que el principal cuidador, el que atiende a las necesidades del niño y con quien desarrolla ese vínculo de apego, que es un vínculo de confianza, se convierte en una base de exploración. Por eso el niño que va al parque y encuentra un caracol dice: “Mira mamá”. El niño triangula entre la realidad que descubre y el principal cuidador. Los niños no se asombran solos sino que se asombran en compañía de una persona que se asombra con ellos. Y además, el principal cuidador calibra la realidad para el niño”.

En cuanto a la falta de motivación, agrega que es un tema instalado en relación a los adolescentes, pero que afecta también a la primera infancia, aunque de forma distinta, “Hay muchos niños aburridos, a causa de la sobre estimulación que sufren a raíz de la sobreexposición a las pantallas y a la vida ajetreada que conllevan sus agendas de pequeños ejecutivos estresados”. “La idea de cuanto

más y antes mejor, es falsa. Los niños necesitan una cantidad mínima de estímulos en un entorno normal. Si no, se produce el efecto contrario: se dificulta el aprendizaje porque en el momento en que lo bombardeamos con estímulos, el niño deja de salir hacia la realidad para redescubrirla y se queda pasivo esperando por los estímulos externos”.

La experta sugiere que lo primero es tomar conciencia de que “más y antes no es mejor y de que todos los dispositivos tecnológicos en la infancia no añaden sino restan. La segunda cuestión es que los padres tienen que retomar ese espacio que han cedido. El entorno lo ponemos nosotros. Muchas veces tiran la toalla pensando que es una batalla perdida pero es peor tener muchas de esas cosas porque nos convertimos en “prohibidores” al ponerle todo tiempo límites para su uso. Es mucho mejor enfocar la educación como el proceso de dar alternativas a esos objetos. ¿Qué quiere un niño pequeño? ¿Estar dos horas frente a la consola o ir a buscar caracoles con su padre después de un día de lluvia?” “Tenemos que ayudar a que los niños no dependan siempre de nosotros para su autorregulación. Hay que salir del modelo de premios y castigos porque en ese modelo, el castigo es un locus de control externo. Hay que ayudar al niño a entender las consecuencias de sus actos en el día a día”.